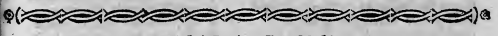
COMEDIA FAMOSA.

MUDANZAS DE LA FORTUNA, Y FIRMEZAS DEL AMOR.

DE D. CHRISTOVAL DE MONROY Y SILVA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Rey de Nápoles, Barba. *** *Margarita, Dama.* *** *Albano, Labrador, Viejo*
Carlos su hijo, Galan. *** *Porcia, Dama.* *** *Leonido su hijo.*
Federico, Galan. *** *El Conde Arnesto.* *** *Mengo, Villano.*



JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey, y el Conde de caza, y dicen mirando adentro.

Rey. VAronil osadía!
con qué valor la remendada pia,
exhalando furor del Orizonte,
alma del yermo, escándalo del monte,
se despeña al combate,
quando Porcia esmaltando el acicate
en púrpura caliente,
mide veloz el campo floreciente!

Cond. Ya Porcia, y Federico (Rey famoso
de Nápoles, ilustre y generoso)
vienen á acompañarte,
ella excediendo á Palas, y él á Marte.

Salen Porcia y Federico con venablos, y el de Porcia con sangre.

Rey. Sobrino?

Feder. Gran Señor? danos tu mano.

Rey Porcia, de verte el monte vive ufano,
porque quando le pisas,
su esmeralda matizas,
y dándola Abril, para lucir lecciones,
nace un clavel donde la planta pones.

Fe. Vuestra Alteza, señor, escuche atento
oirá un milagro, hijo de su aliento.

Porc. Agradecida estimo (mo.
honras de vuestra Alteza, y de mi pri-

Rey. Dí, Federico.

Fed. Honraba la maleza,
coronando los montes de belleza,
Porcia mi prima, quando
sobre un melado bruto, que usurpando
al rayo lo violento,
hijo del viento es el mismo viento,
tan fuerte en la carrera,
que si por dicha el viento se perdiera,

para poder hallallo
vinieran á buscarlo á este cavallo:
preso en la piel melada,
toda de negras moscas salpicada,
que quizá la mancharon
por la color de miel que en él hallaron:
halló en la márgen de este arroyo frio,
senda de plata, que camina al rio,
un Oso, osado aleve,
robando el alma dulce á un corcho breve;
mas asi que vió á Porcia, torpe y triste,
el hurto dexa, y al Cavallo embiste,
que como era melado,
le juzgó de panales fabricado.
Porcia entónces, opuesta á su fiereza,
con el venablo el pecho le atraviesa,
y por la rota herida
tragó el acero, y vomitó la vida.
No paró aqui su brio, pues dexando
la fiera con la muerte agonizando,
midió el valle florido,
y un Leon halló en él embravecido,
que cometa de pluma,
humedeciendo el bozo con espuma,
abrasada la piel, vivo el desvelo,
la guedeja herizada, crespo el pelo,
que quando brama, ó gime,
cinco puñales cada mano esgrime,
altivo la acomete,
sacudiendo los rizos del copete.
Cércanle los Monteros,
y antes que dibujára los aceros,
á la menor herida de mi prima,
que la cerviz nerviosa le lastima,
embarga el movimiento,
y el alma exhala á vueltas del aliento,
y aunque muerte la herida le asegura,
mas presto se murió de su hermosura.
Rey. Es Porcia honor de entrambos Orizontes,
valerosa Diana de estos montes.
Porc. Hónrame vuestra Alteza.
Fed. Qué brio! *Rey*. Qué hermosura!
Conde. Qué belleza!
Fed. La caza prosigamos.
Rey. Aguardad que á la sombra de estos ramos,
que de este riso en la cenefa ó falda
se dan tiernos abrazos de esmeralda,
á todos juntos referiros quiero
un estraño suceso.
Fed. Ya le espero.
Conde. Ya le aguardo obediente.
Rey Pues todos escuchad atentamente
Carlos mi padre, que yace
en trágicos Mauseolos,
Rey de Nápoles insigne,
que es el Reyno mas hermoso,
tuvo dos hijos, que fuimos
Enrique, y yo, siempre en todo
hasta en el nacer, opuestos,
pues de un infeliz aborto
nacimos los dos luchando,
como contrario uno de otro.
Crióse Enrique arrogante,
sobervio, vanaglorioso,
á las lisonjas atento,
á los desengaños sordo,
á los consejos severo,
y á las delicias gustoso.
Yo al contrario, por afable,
y por modesto, de todos
grangeé las voluntades,
siendo mi humildad soborno,
que tiene imperio en las almas
lo apacible, y lo piadoso;
y asi, despues que mi padre
fue á pisar dorado Solio,
me eligió el Senado á mí
por Rey y Monarca solo.
Dividióse el vulgo en vandos,
alteróse el Reyno todo,
creciéron oposiciones,
publicáronse alborotos,
ocasionando á mi hermano
los rebeldes, y alevosos,
á que contra mí esgrimiese
el dorado alfange corbo.
Venció Enrique, y á sus sienes
conduxo el círculo de oro
con aplausos, porque siempre
agrada lo justo á pocos.
Y en tanto que con mi acero
defendia valeroso
mi justicia, perseguida
de Enrique, inhumano monstruo
mi esposa y mi hermana (ha Cielos!)
con disfraces temerosos,

á esa Aldea trasladaron
su belleza, y sus asombros.
Estaban ambas en cinta,
y del parto riguroso
murió la Reyna, y mi hermana
la imitó despues, que solo
de sus muertes tuvo aviso:
qué desdicha, y qué mal logro!
Yo de la sangrienta guerra,
donde los valles, y sotos
sobre la librea verde
se matizaron de rojo,
partí en un bruto ligero,
que despedia fogoso
sangre viva, y muerta espuma
por la boca, y por los ojos.
Fui á Alemania sin hallar
favor en mi Reyno todo;
pero quando de un vencido
se acuerdan los poderosos?
Veinte veces doró el Sol,
hoguera ardiente del Noto,
de quien son centellas vivas
tantos Astros luminosos;
y visitando en su alvergue
el pelo al celeste Toro,
mientras yo ausente, gozó
Enrique del Cetro heroico.
Mas el Cielo, que no niega
á tiranías el rostro,
dispuso que restaurára
con el Aleman socorro
mi Reyno: vencí á mi hermano,
murió, y su Exército roto,
huyendo de mi cuchilla,
se retiró temeroso.
Cobré á Nápoles, y en ella
segunda vez me corono,
con agasajo de muchos,
con emulacion de pocos.
Oy he dispuesto esta caza,
porque informarme dispongo
de Albano, Labrador noble,
que fue el amparo piadoso
de mi hermano, y de la Reyna,
ya de la Parca despojos.
Si parió mi esposa triste
(que no sin pena lo ignoro)
si fuere varon, con Porcia,
en himenéo amoroso,
darán límite al cuidado,
y á mis esperanzas logro;
y si es muger, Federico
será Mónarca dichoso.
Quisiera nobles sobrinos,
que gozarais los dos solos
á Nápoles, mas el Cielo
lo impide con este estorvo.
Aquella Aldea, que ciñe
la cenefa de aquel soto,
nos dará sin dilacion
pena, susto, mal, ó asombro.
Este es el misterio oculto,
que ignora mi Reyno todo,
este el Príncipe que aguardo,
la tiranía que lloro,
la esperanza que me alienta,
la desdicha que supongo,
el sugeto que refiero,
y el desengaño que noto,
si para sentido mucho,
para referido poco.

Fed. Estraño caso! *Porc.* Notable!
Fed. Ya me tiene cuidadoso.
Porc. A tu gusto, gran señor,
están obedientes todos.
Conde. Si tiene el Reyno heredero,
gócele alegre, y dichoso,
que ninguna ley permite
lo contrario. *Rey.* Alegre os oigo.
Fed. Pues al monte, que ya Febo
dibuja con líneas de oro
las sacudidas espumas
de ese marítimo golfo.
Rey. Oy sabrás, Nápoles bella,
si tienes Príncipe heroico.
Porc. Si es varon, he de ser Reyna.
Fed. Si no es varon, me corono. *Vanse.*

Sale Mengo, Gracioso, huyendo de Leonido, y Margarita temiendo.

Marg. Aguarda, espera, Leonido:
dónde vas de aquesta suerte?
Leon. A dar á Cárlos la muerte:
suéltame. *Marg.* Estás sin sentido?
Mengo. Que me mata.
Leon. Y tú, villano,

vive Dios, que has de morir.
Meng. No hallo por donde huir
del rigor de este tirano;
en el tener ó soltar
pende el vivir.
Leon. Suelta, ingrata.
Meng. Aqui de Dios, que me mata
sin dexarme confesar.
Marg. A Cárlos matas, cruel?
su vida á la parca ofreces?
Leon. Sí, pues á mí me aborreces
por idolatrar en él:
tú das vida á tu rigor,
yo aliento al cuidado amante,
tú en los desprecios constante,
yo constante en el amor.
Y en estos zelos que toco,
quando el sufrimiento pierdo,
solo me queda de acuerdo
saber que me tienes loco.
Al paño Cárlos.
Cárl. Qué es esto que miro, Cielos!
Margarita con Leonido?
ay de mí, que siempre han sido
pension del amor los zelos!
quiero escuchar á los dos!
Marg. Engañado estás, Leonido,
que ni á Cárlos he querido,
ni quiero quererle. *Cárl.* Ay Dios!
esto dice Margarita,
quando me llama su dueño!
Marg. Olvida el loco despeño,
que tu enojo solicita.
Leon. Luego mienten mis recelos?
Marg. No te desengaño ya?
Cárl. Viven los Cielos, que está
satisfaciendo sus zelos.
Marg. Mengo, quiero á Cárlos yo?
Leon. Dónde vas, torpe villano?
Meng. A casa de un Cirujano.
Leon. Hete herido?
Meng. Pues no?
la ropa siento mojada,
y las bragas mucho mas,
y es cierto, que por detrás
me has dado alguna estocada.
Leon. Dí, villano, quiere bien
Margarita á Cárlos? *Meng.* Sí.
asi me quisiera á mí.
Marg. Mengo, el discurso deten:
yo tengo á Cárlos amor?
di mas necedades juntas.
Meng. Pues para qué me preguntas
lo que tú sabes mejor?
Cárl. Que negando, ingrata, estés
nuestro amor! de zelos muero!
Marg. Cómo sabes que le quiero?
Meng. Cómo? yo te lo diré.
Porque los ví el otro dia
hablando tan tiernamente
en la márgen de una fuente,
que el agua se suspendia.
Despues, segun pude ver,
con amorosos excesos,
las manos, y boca á besos
se las querian comer;
y advirtiendo su locura,
entre mí dixe al mirarlos,
que es Sábado pienza Cárlos,
pues quiere comer grosura.
Marg. Que mis señas no entendió!
vete. *Meng.* Si pudiere ser:
Vase, y vuelve.
tambien me acuerdo, que ayer
ella un abrazo le dió. (*Vase.*
Marg. Con el susto se ha turbado,
y en nada ha dicho verdad.
Leon. Engañosa es tu piedad.
Sale Meng. Tambien se me habia olvi-
que Margarita envió (dado,
oy á Cárlos un papel.
Marg. Cómo lo sabes, infiel?
Meng. Porque se lo llevé yo.
Leon. Es aquesta turbacion?
á cólera me provoco.
Marg. Sin duda está Mengo loco:
ó, bárbaro, sin razon!
vuelves con otras locuras?
Meng. Se me olvidaba, por Dios,
que anoche hallé á los dos
en un aposento á escuras.
Marg. Miente.
Leon. Pues mi amor piadoso
cómo no halla alivio en tí?
Marg. Quiero engañarle (ay de mí!)
porque no mate á mi esposo. *ap.*

Los

Los zelos te tienen loco,
Leonido, que en pena igual,
yo no quiero á Cárlos (mal) *ap.*
yo no estimo á Cárlos (poco.) *ap.*
Dexa zelosas quimeras,
no te enojes, dueño mio,
olvida ese desvarío.
Cárl. Vive Dios, que va de veras.
Leon. Margarita, esa esperanza
pondrá freno á mi impaciencia,
aunque hay poca diferencia
entre muger y mudanza:
á Dios, y quando se aleje
tu beldad, no con despejo
te quejes de que me quejo,
pues haces porque me queje.
Vase, y sale Cárlos.
Cárl. No hay humano sentimiento
contra pasiones zelosas;
y pues las padece el alma,
salgan, salgan por la boca,
que no tiene amor, ni zelos
el que en ansias tan notorias
se vale de la prudencia
para desmentir congojas.
Marg. Cárlos, esposo, mi bien,
dueño, mi señor, mi gloria,
qué tienes, que tan turbado,
fuego parece que arrojas?
Toda la color perdida,
trémula la vida, absorta,
sin disfraz el sentimiento,
sobornada la congoja,
la pena con mucho brio,
trocada en jazmin la rosa,
todo negado al aliento,
cuya suspension informa,
que intentas plaza de yelo,
ó que estudias para roca.
Bien como canoro arroyo
dulce, del prado lisonja,
que siendo en cuna de peña
alma de un risco sonora,
muere en túmulo de plata,
pendiente la primer forma,
pues á los soplos del cierzo,
tan elado el curso estorva,
que es yelo lo que fue perlas,
y granizo lo que aljofar.
Cómo, Cárlos, no me miras?
qué disgustos te apasionan?
refiéreme tus pesares,
descansa conmigo á solas:
qué tienes, Cárlos? qué tienes?
Cárl. Tengo, villana alevosa,
tengo zelos, que me afligen,
y aflicciones, que me enojan,
enojos, que me desvelan,
y penas, que me congojan:
mira si tengo bastante
para estar de aquesta forma.
Marg. Zelos, Cárlos? estás loco,
querido dueño? *Cárl.* Ha traidora!
Marg. Eso me dices? no sabes
con las ansias amorosas,
que te adoro? finges, Cárlos?
Cárl. Qué me dices engañosa,
si son mis ojos testigos,
que á Leonido te aficionas?
No es cierto lo que refiero?
testigos las flores todas,
que para dormir la siesta,
las recuesta el viento ahora;
si ya no es, que desmayadas
de ver tu traicion se postran,
que hay dolor para las flores,
quando á los hombres les sobra.
Marg. Oye, advierte:- *Cárl.* Déxame,
y mira que me ocasionas
á que esta brillante daga
embayne en tu pecho ahora;
aunque es mejor en el mio,
pues vives en él tú propia,
morirémos los dos juntos,
pagando de aquesta forma,
yo haberte querido bien,
tú haberme sido alevosa.
Marg. Estás en tí? escucha, Cárlos,
que me atormentas, y enojas.
Cárl. Suelta, Sirena, que encantas,
quando del alma despojas:
Cocodrilo, que das muerte,
quando mas lágrimas lloras;
si yo te ví con Leonido,
quieres negármelo ahora?
Vive Dios, que no salí

á

á matarte (qué congoja!)
porque como nunca tuve
tu lealtad por sospechosa,
quedé absorto en el agravio;
y qual toro á quien provocan
en la ruidosa palestra
los silvos, y las garrochas,
que sin herir con las puntas,
con el seño solo asombra,
y dudando en la venganza,
quando mas ciego se enoja,
acepillando la arena,
viste de espuma la boca,
globos de menudo polvo
fabrica donde se esconda,
y á título de embestir
parece que se reporta:
Asi yo, viendo mi agravio,
el alma turbada toda,
dudaba qual de los dos
me daba mayor deshonra;
y entre suspenso y confuso,
vivo escollo, y viva roca,
negándome á los castigos,
me concedí á las zozobras.

Sale Mengo.

Meng. Leonido, que con tu tio
Albano quedaba ahora::-
mas ay! Cárlos está aquí?
él me desuella ó me azota.

Cárl. Recado traes de Leonido
tú, traidor, á mi persona?
Quiere Margarita bien
á Leonido? *Marg.* Di tu ahora
otras locuras, villano.

Meng. Ella sin duda se enoja, *ap.*
porque la digo, que á Cárlos
ama; yo enmendaré toda
la necedad de endenantes.
Señor, Margarita adora
á Leonido tiernamente,
eso es cosa muy notoria.

Cárl. Está bien: ingrata, á Dios.

Marg. Cárlos mio, amada gloria::-

Cárl. Déxame, que no me ablandan
tus cautelas y lisonjas.

Sale Leonido.

Meng. Ay de mí! yo me contento
con treinta palos. *Marg.* Ahora
verás si te adoro, Cárlos:
turbada está el alma toda. *ap.*
Leonido aleve, villano,
nube obscura, opuesta sombra,
al explendor de mi amor,
yo soy de Cárlos esposa;
si lo cautelé advertida,
fue porque altivo pregonas
dar la muerte á Cárlos, digo
á mí que es todo una cosa.
Tan imposible es quererte,
como vestir las alfombras,
que pule Mayo de estrellas,
y las esferas de rosas.
Dueño mio, estás contento?

Cárl. Mi silencio te responda.

Marg. Y yo he dicho lo que siento,
mira tú lo que te toca.

Leon. Absorto y suspenso aquí,
halla mi conocimiento,
en tí tanto atrevimiento,
como sufrimiento en mí:
sucedió lo que temí;
pero yo, como á enemigo,
daré á tu traicion castigo,
y sin que tu amor lo impida,
quitaré la aleve vida
al traidor que está contigo.

Cárl. Vive Dios, que si intentáras
oponerte á mi valor,
que mi cólera y furor,
villano, experimentaras;
tan alto al Cielo boláras,
que con muda turbacion,
dando al Orbe admiracion,
tu vil persona sirviera,
ú de cometa en la esfera,
ú de nube en la region.

Leon. Es tan valiente mi brio,
y mi denuedo tan fuerte,
que para darte la muerte
basta solo un soplo mio.

Cárl. Refrena tu desvarío,
disparates no refieras,
pues con voces palabreras
desacreditas mi intento,
que el soplo es cosa de viento,
co-

como lo son tus quimeras.

Leon. Yo, luchando en fuertes lazos,
doy á un Oso confusion.

Cárl. Y yo en el monte á un Leon
lo hago dos mil pedazos;
y si te cojo en mis brazos,
luchando en penosa calma,
he de llevarme la palma,
pues tanto te he de apretar,
que no ha de hallar lugar
por donde salir el alma.

Marg. Leonido, si por amarme
quieres dar á Cárlos muerte,
no podrás de aquesa suerte,
ni tenerme, ni aun mirarme:
que yo que supe entregarme
á Cárlos siempre fiel,
vivo en su pecho con él;
y si tú eres su homicida,
mal podré yo tener vida,
si se la quitas á él.
A Cárlos el alma adora,
y con la union que recibe,
tendré yo vida, si él vive,
tendré yo muerte, si él muere:
su aliento de mí se infiere,
el gusto en ambos es uno,
y el disgusto si hay alguno;
y así en el lance feroz,
ó morirémos los dos,
ó no morirá ninguno.

Cárl. Dexarte, es cordura en mí,
porque sé, cobarde loco,
que eres para mí muy poco,
y soy mucho para tí.

Leon. Aguarda, villano, aquí. *Vase.*

Cárl. Con armas podré aguardar. *Vase.*

Marg. Cárlos, oye (qué pesar!)
reñir quieren (qué prudencia!)
por estorvar la pendencia
á Albano quiero avisar.

Salen riñendo Cárlos y Leonido.

Cárl. Ahora verás, villano,
que no has de hacer competencia
al valor, que en mí estos montes,
ó le temen, ó veneran.

Sale Albano.

Alb. Teneos: qué es esto, Leonido?

Leon. Apénas forma la lengua
palabras, porque la estorva
de cólera el alma ciega.

Alb. Leonido mi hijo adora *ap.*
esa divina belleza,
por natural simpatía,
ó consonancia de estrellas;
mas ella se inclina á Cárlos,
yo soy padre, y no quisiera
que permitiera el amor
contra la lealtad cautelas.

Tocan dentro, y sale Mengo.

Qué es esto?

Meng. Señor, el Rey,
que ahora llega á la Aldéa.

Alb. Salgamos á recibirle.

Cárl. Escusada diligencia. *(de.*

Salen el Rey, Federico, Porcia, y el Con-

Rey. Albano amigo?

Albano. Señor?
deme los pies vuestra Alteza.

Rey. Di lo que pasa, y si tiene
Nápoles Príncipe.

Feder. Bella
muger!

Porc. Gallardo villano!

Cárl. Qué Magestad!

Marg. Qué grandeza!

Alb. Tu hermana, invicto Monarca,
y mi señora la Reyna,
que alcatifas de zafir
pisan en sólios de estrellas,
huyendo del Rey Enrique
viniéron á aquesta Aldéa,
á dar á las flores vida,
á dar lástima á las peñas.
Parió la Infanta una niña,
y murióse, viendo apenas
el rosicler de los rayos
del mas ardiente Planeta;
mas la Reyna mi señora
le dió á Nápoles la bella
un Príncipe, que conmigo
se ha criado en estas sierras,
sin que el temor de tu hermano,
gran señor, me permitiera
descubrir su calidad,
manifestar su grandeza.

Rey. Acaba; quál de los dos
es mi hijo? no suspendas,
ni dilates el discurso,
Alb. Es Cárlos; llegue tu Alteza.
Rey. Dame, Príncipe, los brazos.
Cárl. Que tus plantas me concedas
te ruego. *Rey.* Levanta, Cárlos:
qué agrado, y qué gentileza! *ap.*
Feder. Tanto este Cárlos me enfada,
como esta Serrana bella *ap.*
me enamora: pues me quitan
á un tiempo los dos (qué pena!)
él el Reyno, y ella el alma:
bien dicen los que confiesan,
amor se rinde á un objeto,
porque él es todo potencia.
Porc. Notable mudanza ha sido!
Cárl. Fortuna y naturaleza,
si con favores me obligan,
con dichas me lisongean;
una me da una Corona,
otra un padre, en quien respeta
con veneracion el alma,
valor, aplauso y grandeza;
y de las dos obligado,
si satisfacer pudiera,
primero que á la fortuna,
premiara á naturaleza.
Rey. Sois discreto.
Feder. Yo el primero
llego á rendir la obediencia
á mi Príncipe y Señor:
deme los pies vuestra Alteza.
Porc. Y yo aguardo en esas plantas
me reconoscais por vuestra.
Rey Federico y Porcia son
mis sobrinos.
Cárl. La sobervia
me acusará, si á mis pies
os postrais de esa manera:
alzad, primo: Porcia, alzad,
que en los dos vé el alma atenta
un valeroso Alexandro,
y una bellísima Elena.
Feder. Confuso estoy de mirarle.
Porc. Rendida estoy á sus prendas.
Feder. Oy pierdo un Reyno y la vida.
Porc. Oy gano esposo, y soy Reyna.
Feder. Oy se aumentan mis cuidados.
Porc. Oy se minoran mis penas.
Conde. Todos, Príncipe y señor,
humildes tus plantas besan.
Rey. Es el Conde Arnesto.
Cárl. Alzad:
á vos, Albano, esa Aldéa,
con licencia de mi padre,
os doy.
Albano. Tu nobleza ostentas.
Cárl. Yo me acordaré de vos;
mucho os debo: Mengo venga
á la Corte, porque gusto
de sus gracias.
Mengo. Guarda juera:
yo entre Duquiños, Duquesos,
y Duqueos?
Rey. Esta cadena
tomad y servid á Cárlos.
Mengo. Prendeisme, señor, con ella?
esto es tratarme de loco:
ya empiezo á privar de estrellas;
pero si yo soy privado,
privada será Teresa.
Rey. Quién es Teresa?
Mengo. Mi hermana,
que ayer se fue á unas novenas,
porque la dé Dios un hijo
que no pare, aunque pudiera;
pero ya con la merced,
que nos hace su insolencia,
no solamente mi hermana,
mas no quedará en la Aldéa
Serrana, que no se empeñe.
Rey. Gracias tiene: las literas,
y carrozas.
Fed. Vamos, porque
se dén principio á las fiestas
del Príncipe.
Cárl. Yo agradezco
aquestas honras supremas.
Feder. Yo voy rabiando de embidia.
Porc. Y yo voy de amores muerta.
Vanse, y quedan Cárlos y Margarita.
Marg. Solo el Príncipe ha quedado.
Cárl. Sola Margarita queda.
Marg. O fortuna, y qué mudanzas
para darme muerte intentas.
Cárl.

Carl. O amor! cómo no te rinde
la Magestad, y Grandeza?
Marg. Quisiera llegar á hablarle.
Carl. Llegar á hablarla quisiera:
Margarita?
Marg. Gran señor?
deme los pies vuestra Alteza.
Carl. Por qué es el llanto?
Marg. He querido
á un hombre, y perderle es fuerza.
Carl. Y por qué es fuerza perderle?
Marg. Porque se ausenta, y me dexa.
Carl. No dexa quien quiere bien,
quien tiene amor no se ausenta:
qué importa que yo me vaya,
si con vos el alma queda?
no lloreis.
Marg. Es imposible,
porque el amor que me alienta
es flor, que en las verdes ramas
de la esperanza se alverga,
y se podrá marchitar,
si los ojos no la riegan.
Quien ama, y no llora, Carlos,
(digo: señor) aun no llega
á la perfeccion de amor,
que en las lagrimas se ostenta,
que son lagrimas del alma
para desahogar las penas;
y quizá por esta causa
al amor le ponen venda,
acordando la sangria
á quien amáre de veras.
Carl. Cómo podré, Margarita,
vivir con gusto en tu ausencia?
Marg. Has de amarme?
Carl. Eso dudas?
Marg. Verás otras Damas bellas,
y olvidaráste de mí.
Carl. Nadie iguala á tu belleza.
Marg. Un Principe á una villana?
Carl. Las calidades dispensa
Amor, que es Dios, y es amante
aumento de mi grandeza:
qué temes?
Marg. Que has de olvidarme.
Carl. Soy firme.
Marg. Hay allá Sirenas.
Carl. Seré Ulises.
Marg. Quiera el Cielo.
Carl. Quién dixera::-
Marg Quién dixera::-
Carl. Qué disgusto!
Marg. Qué pesar!
Carl. Dulce dueño::-
Marg. Amada prenda::-
Carl. Que en la Aldéa te quedáras?
Marg. Que tú á la Corte te fueras?
Carl. Y Leonido?
Marg. Es engañoso.
Carl. Si te sirve::-
Marg. Eso me acuerdas?
Carl. Qué has de hacer?
Marg. Despreciarélo.
Carl. Y si llora?
Marg. Seré peña.
Carl. Y si habla?
Marg. Seré aspid:
me olvidarás?
Carl. Es quimera.
Marg. Ay mi bien! que dicen todos
los que amor experimentan,
que sin ausencia hay olvido,
mas no sin olvido ausencia.
Carl. Ninguno mi amor iguala,
seré excepcion de la regla.
Marg. Dame un abrazo, y á Dios.
Carl. Mis ojos, con él te queda.
Abrazanse.
Marg. Véa acá, pues de esa suerte
te vás tú de mi presencia?
Carl. Pues qué quieres?
Marg. Que me ames.
Carl. Tuyo soy.
Marg. Si verdad fuera.
Carl. Irás á verme?
Marg. Sí, Carlos.
Carl. Quándo, amores?
Marg. Quando pueda. *Tocan*
Carl. Ya me llaman, y no puedo
detenerme.
Marg. Carlos, ea,
á Dios. *Carl.* Margarita mia.
Marg. Carlos mio, dulce prenda.
Carl. A Dios.
Marg. A Dios, dueño mio.

Carl. Qué te quedas?
Marg. Qué te ausentas?
Carl. Quién se quedára contigo!
Marg. Quién á la Corte se fuera!
Carl. El alma toda te dexo.
Marg. El alma toda me llevas.

JORNADA SEGUNDA.

Salen el Rey, Carlos galán, Federico, Porcia y el Conde.

Feder. Notable melancolía!
Porc. Extraordinaria pasion!
Rey. A todos da confusion,
Carlos, tu pena, y la mia.
Esta feliz novedad
no divierte tu cuidado,
quando del humilde estado
subes á la Magestad?
Qué pena, Carlos, pretende
dar eclipses á tu gusto?
qué pesar te da disgusto?
qué tristeza te suspende?
Carl. No es tristeza aquesta mia,
pues verás quando lo intentes,
que son cosas diferentes
tristeza, y melancolía.
Pues procede la tristeza
de alguna causa interior,
melancolía, es humor
natural, que nunca cesa.
Y asi, no culpes en mí
la tristeza que advertiste,
que yo, señor, no estoy triste,
y melancolico sí.
Rey. Quando es tanta la pasion,
es bien que perdiendo el brio,
reconozca el alvedrío
el yugo de la razon.
Mas es, que melancolía,
la que te aflge, divierte
con tus primos mal tan fuerte. *Vase.*
Feder. Oy, Conde, la industria mia
se ha de lograr, vive Dios,
que á Nápoles me asegura.
Conde. Del Principe la ventura
estorvarémos los dos:
Rey de Nápoles serás,
si tiene mi industria efecto,
á tu gusto estoy sugeto,
como en las obras verás.
Feder. No es locura mi ambicion,
pues quando por él no reyno,
puedo decir que del Reyno
me quita la posesion.
Porc. A mí me niegas, señor,
el mal que llega á enfadarte?
ya porque pueda imitarte
me da lecciones mi amor;
que excesivo me condena
al pesar que en tí miró,
que mal tendré gusto yo,
quando te miro con pena.
Carl. Tantas cosas diferentes,
prima, novedades son,
que causan admiracion.
Porc. No se admiran los prudentes.
Carl. En quien siempre se ha criado
á la soledad atento,
disfrazar suele el contento
la novedad del estado.
Feder. Sospecho que Carlos, Conde,
pues no le agrada mi prima,
á otra hermosura estíma,
y su voluntad esconde;
y asi, para que al terrero
vaya, y en él de esta suerte
le demos los dos la muerte,
un papel será el tercero.
Conde. Pues luego á escribirle voy. *Vanse.*
Feder. Vamos.
Porc. Quándo ha valído
contra penas el olvido?
Carl Nunca, estando como estoy.
Porc. Si te inclinas á cazar,
si al monte quieres volver,
yo, primo, aunque soy muger,
doy á una fiera pesar;
te seguiré entre las breñas,
tiñendo en lances fatales
el venablo de corales,
y de purpura las peñas:
y porque gusto recibas,
poblaré con flechas yertas,
el monte de plumas muertas, el

el viento de plumas vivas.
Carl. Sujetame la pasion,
y asi de tu pensamiento
guardo el agradecimiento
para mejor ocasion.
Porc. Pues de esa suerte, señor,
yo me voy.
Carl El Cielo os guarde.
Porc. Penosa, triste, y cobarde
me tiene mi loco amor. *Vase.*
Carl. Ay Margarita! ay beldad
divina! tus perfecciones,
con sofisticas razones
disfrazan la voluntad.
Mucho me cuestas: penosa
vive el alma, que en tí habita,
que como eres Margarita,
es preciso el ser preciosa.
Sale Mengo con un villete.
Meng. Valgate Dios por muger.
Carl. Mengo, qué te ha sucedido?
Meng. Vengo absorto y suspendido.
Carl. Qué tienes?
Meng. Qué he de tener?
oye, señor, este cuento.
Una Dama quiso hablarme,
y al allegar á llamarme
reparé, señor, atento,
que bostezó, y con malicia
tanto abrió la boca bella,
que le cabía por ella
todo un nabo de Galicia.
Yo con gusto extraordinario,
que la novedad provoca,
me acerqué, y ví que su boca
se parecía á un rosario,
ensartados en los diestros
labios rojas celosías,
los dientes Ave Marias,
y las muelas Padre nuestros.
Y como al rosario toca
tener cruz, que es ordinario,
por darle cruz al rosario,
hice una cruz, y en la boca
se la metí á su pesar,
y ella quedó de manera,
que yo pienso, que aunque quiera,
no bolverá á bostezar;
aunque visto á buena luz,
no fué la mia simpleza,
porque siempre quien bosteza
hace en la boca una cruz.
Dióme éste la niña loca,
y que es, mi discurso entienda,
memorial, en que pretenda,
que se le achique la boca,
dixo que era para tí. *Dále un papel.*
Lee Carl. Esta noche en el terrero,
Principe, el hablaros quiero.
Esto solo dice aqui.
Meng. Ella es; darásme pesar
si á verla vás, porque juro,
señor, que no estás seguro,
si ella buelve á bostezar.
Carl. De calidad diferente
ha de ser la que me llama.
Meng. Podrá ser que sea otra Dama,
que te quiera tiernamente.
Carl. Por divertir mi pesar
irémos juntos los dos.
Meng. Aqueso no, vive Dios,
no soy para acompañar
de noche.
Carl. No dés en eso;
venid vos á acompañarme.
Meng. Temo:- *Carl.* Qué?
Meng. Que ha de tragarme
si es la Dama del bostezo. *Vanse.*
Sale Margarita con espada y rodela de noche.
Marg. Ya la ausencia de Latona
sombras desplega en el ayre,
vistiendo de negros lutos
lo que adornaron celages.
La Luna en solios nocturnos,
coronada de granates,
golfos de tinieblas surca
en chalupas de azavache.
Y viendo ausente á su hermano,
solicitando el buscarle,
enciende el Cielo de antorchas,
muda, asustada, y cobarde.
Y si la ausencia del Sol
ocasiona estos pesares,
qué mucho, que yo afligida
de llantos que me deshacen,

de zelos que me desvelan,
de penas que me combaten,
zelosa, penosa, y triste,
sola, tierna, ausente, amante,
á ver á mi ausente venga,
á buscarle, y á buscarme,
que estando sin él, no es mucho,
que á mi misma no me halle?
Teodora, Eufronia, y Eugenia,
y otras mugeres constantes,
por amor se disfrazaron,
mas qué habrá, que amor no alcance?
Y pues todas no pudiéron
en profecía igualarme,
yo, que su firmeza excedo,
las imito en este trage.
Solo el trage mudar puedo,
porque no serán bastantes
(ay Carlos!) para que mude
mis pensamientos leales.
Quántas penas, zelos, muertes,
ansias, ausencias, pesares
tiene amor, que adoro firme,
y no sabré ser mudable?
Y quando mi pensamiento
quisiera, por despicarse,
en tu ausencia divertirse,
por no ser conmigo facil,
fuera mi mesma homicida,
que si eres, querido amante,
mi dueño, yo, que de mí
me olvido en el olvidarte,
no fuera lo mas dar logro
á venganza semejante,
vengándome en mí de mí,
porque á mí pueda olvidarme.
Bien sé, Cárlos de mis ojos,
que no he de verte, ni hablarte,
pues me tengo de ausentar
antes que Febo galante
entapice el rojo Oriente
con dorados tafetanes;
pero alegre de mirar
este Alcazar donde yaces,
daré la buelta á mi Aldéa,
que en desdichas semejantes,
á quién la perla no puede,
la caxa basta aliviarle.
Palacio bello, que guardas
mi feliz, y tierno amante
esfera del Sol que adoro,
trono de mi dulce imágen,
concha de una ilustre perla,
jardin de la flor mas grave,
Cielo del Astro mas noble,
alvergue hermoso de un Angel,
no me niegues á mi esposo,
no me escondas á mi amante,
sin aliento vengo á verle,
sin vida vengo á buscarle,
permiteme vér mi dueño;
pero qué digo, si Atlantes
son de las nubes que abollan
tus torres piramidales?

Salen de noche Carlos, y Mengo cargados de armas.

Carl. Hermosa noche!
Meng. Una negra
vestida de sombras tales,
y estrellada como huevo,
alabas?
Carl. Calla, ignorante.
Marg. Gente siento, á esta esquina
será fuerza retirarme. *Retirase.*
Carl. A quién la color morena,
Mengo, no será agradable?
lo blanco es muy dexativo.
Meng Pues en una Dama, ó Dame,
que todo es uno, no alaban
la blancura?
Carl. Variables
son los gustos, las morenas
exceden en el donayre,
ingenio, y brio á las blancas,
por ocasion de la sangre,
segun Filósofos dicen,
y esto no lo ignora nadie;
y pues la noche es morena,
y moreno, Mengo, el Angel
que adoro, quando la alabo,
ni te admires, ni te espantes.
Meng. Cielos, el Principe es este:
turbada estoy, y cobarde!
estatua con alma soy!
Meng. Qué se atreviera á llamarte
esta muger! no me espanto,
sien-

siendo amor la causa.
Marg. Ha facil,
vario, traidor, y al fin hombre,
que es lo mismo que mudable!
á vér otra Dama viene?
Cielos, si llegaré á hablarle?
Amor me dice que salga,
zelos me dicen que aguarde.
Carl. Por gozar de la frescura
de la noche, y desahogarme,
que me enfadan de Palacio
forzosas autoridades,
vengo al terrero, no á oír,
porque cuidado me cause,
las razones de esta Dama,
que se ha atrevido á llamarme,
que bien sabes, Mengo, tú,
como idolatro constante
en la bella Margarita,
dulce ocasion de mis males:
aguardame, daré buelta
á los balcones. *Vase.*
Meng. Quien trae
estas armas, cómo puede
bullirse, ni aun menearse?
Marg. Cielos, ya buelvo á vivir,
zelos, la colera baste,
Mengo se ha quedado solo:
ola, vayase al instante, *Sale.*
Meng Ay Jesus, si es alma en pena!
Marg. Qué digo? vayase.
Meng Aguarde,
que soy nuevo en la Ciudad,
y será el perderme facil.
Marg Morirá.
Meng. No, para qué?
Marg. Donoso está: es un cobarde
gallina.
Meng. No puede ser,
que no están sin acostarse
las gallinas á estas horas:
yo juro de no estorvarle.
Marg. Despeñaréle de un monte,
si se detiene en hablarme.
Meng Hará mal, porque en subiendo
á lo alto, luego al instante
me dán vahidos.
Marg. Conoce
quién soy, ó mi nombre sabe?
Meng. No: mas segun sus acciones
temerarias, llamaráse
despeña Mengos.
Marg Al punto
parta de aquí.
Meng. Ya se parten.
Marg. A Carlos he de aguardar;
qué tiene? no se vá?
Meng. Iránse.
Marg. Yo fingiré que soy Mengo, *ap.*
y asi tengo de engañarle.
Meng. Oye usté, dónde he de irme?
Marg. Ay necedad semejante!
Meng. Pues me embia, diga, dónde
quiere que vaya?
Marg. Donayre
gracioso! vaya al infierno;
hay mas gracioso ignorante!
Meng Voy; mas yo no sé el camino,
venga conmigo á enseñarme. *Vase.*
Sale Carlos, y se emboza Margarita.
Carl. Seña he hecho á los balcones
y no me responde nadie:
Mengo?
Marg. Ay mi Carlos! la voz *ap.*
disfrazada ha de ayudarme.
Qué hay, señor?
arl. Vamonos, Mengo,
que todo en silencio yace.
Marg. Fue burla?
Carl O desconfianza
de que yo viniera á hablarle.
Marg. Si Margarita supiera
esta travesura.
Carl. Ay Angel
divino, y querido dueño!
Mengo, sin desengañarme,
no es hermosa Margarita?
Marg. No.
Carl. Vive Dios, ignorante,
que te dé de cintarázos
quando grosero la ultrajes.
Marg. Yo los doy por recibidos.
Carl. Hay claveles rozagantes,
rosas desplegando nacar,
lirios, jazmines galanes,
sabéas, pomas de olores,
blan-

blancas pastillas del ayre,
que en su frente no se afrenten,
que en su boca no se hallen,
que en sus megillas no brillen,
que en su aliento no se exalen?
pues unas manos hermosas,
sembradas con mil donaires
de hoyos, ó sepulturas,
donde entierras voluntades:::-
Marg. Tan buenas mis manos son
como las suyas.
Carl. Vergante,
vive Dios, que estás borracho.
Salen Federico, y el Conde, y acuchillanlos.
Conde. El es. *Feder.* Pues muera.
Carl. Ha cobardes!
á ellos, Mengo. (*los.*
Entranse acuchillandolos, y sale Car-
Carl. Vive Dios,
que Mengo solo es bastante
á retirarlos: qué aliento!
con qué valor, y con qué aire
pelea? *Sale Mengo.*
Meng. Ay de mí! qué es esto?
á la buelta de esta calle
estaba aguardando á Cárlos,
y no sé determinarme
por donde podré huir;
mas ay! que aqui está un salvage:
miento, que mas hay de quatro,
ó seis; parece gigante:
qué alto! qué corpulento!
Carl. Este es de ellos: ha cobarde!
Meng. Que me matan, que me hieren,
que me horadan: ay madre!
que me pinchan, que me enclavan.
Carl. Mengo?
Meng. Señor?
Carl. Dame, dame
los brazos.
Meng. Burlas conmigo,
porque huyo?
Carl. Qué donaire!
Meng. Tengo este vicio de huir
de ocasiones semejantes.
Carl. Los traidores solo huyen.
Meng. Tambien huyen los leales.
Carl. La vida te debo, Mengo,
buelvo otra vez á abrazarte;
nunca te ví mas valiente.
Meng. Señor, gustas de burlarte?
Carl. Cómo ahora dabas voces,
si tú á los dos ahuyentaste?
Meng. A qué dos auyenté yo?
Jesus, y qué disparate!
Carl. Mataste alguno?
Meng. Yo, aun bien,
que no he reñido con nadie:
sin duda, que no soy Mengo.
Sale Margarita. Cárlos?
Carl. Qué quieres?
Marg. Quedaste
herido? los dos huyeron.
Carl. Quien eres?
Marg. Mengo tu page.
Meng. Ay de mí! que no soy Mengo.
Carl. Tú eres Mengo?
Marg. Eso dudaste?
Carl. Quál es Mengo de los dos,
que aqui hay engaño notable?
Meng. Si me he convertido en dos?
Marg. La cautela ha dado al traste. *ap.*
Meng. Si él es Mengo, quién soy yo?
Carl. Descubrete.
Marg. No me mandes
descubrir, que acude gente
al alboroto.
Carl. Dirásme
quién eres?
Marg. Señor, perdona,
que es encubrirme importante
por los que vienen.
Carl. Pues toma
este cautivo diamante,
y vé mañana á Palacio.
Marg. Beso tus plantas Reales. *Vase.*
Meng. Señor, mira que soy Mengo
el de veras, no te engañe
este demonio.
Carl. No engaña,
vente conmigo, que es tarde.
Me. Valgame Dios! ó hay dos Mengos,
ó yo no soy el que antes. *Vanse.*
Salen Federico, y el Conde.
Conde. Tan estraño suceso,

que

que me tiene admirado te confiéso.
Feder. Que Mengo, aquel villano,
con diestro acero, y valerosa mano,
prevenido de brio,
opuesto á tu valor, y opuesto al mio,
nos siguiera arrogante,
aprestado, colérico, y galante!
Cond. Vive Dios, que lo dudo. (do,
Fed. Rayo del Cielo fue su estoque agu-
yo le diera la muerte; (te
mas por no descubrirme, de esta suer-
me retiraré advertido,
que si me conociera el atrevido,
con valiente desvelo,
á cuchilladas le arrojára al Cielo,
y tan alto bolára, (ra.
que en las mismas estrellas lo estrellá-
Conde. El enojo reporta,
y vamos, Federico, á lo que importa.
Feder. Pues tiene inconveniente
quitar la vida á Carlos mi pariente,
para vér su ruína,
dispongo una cautela peregrina.
Conde. Qual es?
Feder. Conde, que Albano,
el que en la Aldéa le crió villano::-
mas despues lo sabrás, vente conmigo
porque de mis intentos seas testigo,
verás en un instante
despeñar este barbaro arrogante
del trono de la Luna,
que á mi pesar le ofrece la fortuna.
Luego has de ir á la Aldéa,
pues vés con el afecto que desea
el alma tus aumentos,
contrastada de varios pensamientos,
que ninguna persona
sosiega pretendiendo una Corona;
y asi, desde aquel dia
vivo, amigo, sin gusto, ni alegria,
solo pesares siento, (tento.
q donde hay pretensiones no hay con-
Vase el Conde.
Feder. Carlos sin duda está aqui.
Al paño Carlos. Alli á Federico miro.
Fed. De su fortuna me admiro.
Carl. De verle me suspendí.
Feder. Creciendo mis penas ván,
mirando á quien aborrezco.
Carl. El lauro á sus pies ofrezco
de bizarro, y de galán.
Feder. Qué mal Càrlos me parece!
Carl. Qué lucido es Federico!
Fed. Mi pena en la vista explico.
Carl. Mi amor en su talle crece.
Feder. Ni me agrada, ni le estimo.
Carl. Ni me ofende, ni me enfada.
Feder. Darále muerte mi espada.
Carl. Daréle el alma á mi primo.
Feder. Qué asi sus dichas abona!
Carl. Qué asi agrade su venida!
Feder. Quién le quitára la vida!
Carl. Quién le diera mi Corona! *Sale.*
Primo? *Feder.* Primo?
Carl. Qué pasion
manifiesta tu semblante?
Feder. Solo un achaque es bastante
á darme esta suspension.
Carl. Y por esa causa ayer
á las fiestas no saliste?
Feder. Sí; pero pues tú las viste,
hazme, Principe, placer
de referirlas.
Carl. Pudiera
escusarlo mi disgusto;
pero quiero darte gusto,
ello fue de esta manera:
A las fiestas que Nápoles publíca,
en que el afecto que me debe explica,
el Sol, ú de embidioso, ú de corrido,
en rebozos de nubes escondido,
negó su bizarría,
mas Porcia duplicó la luz al dia, (les,
dando al oriente de un balcón dos so-
coronados de rayos y arreboles.
El Marqués valeroso,
que sujetó su espiritu fogoso
en libréas galantes,
tanta copia introdujo de diamantes,
que engolfado entre luces y centellas,
me pareció que se quemaba en ellas,
y pretendió decirle mi desvelo, (lo.
tente, hõbre, q te quemas, vive el Cie-
Llegó al Toro, y galante
dió un rejón venturoso en un instante,
y entrandole la punta con destreza,
lo

lo qee fue garronchon hizo cabeza.
Salió despues Riselo
vestido de leonado terciopelo,
en un rucio rodado;
mas andevo Riselo desgraciado,
pues que corriendo tropezó sin verlo,
rodó sin que pudiera detenerlo,
brotando el bruto en suma, (ma;
sangre en los ojos, y en la boca espu-
y siendo despeñado,
una vez rucio, pero dos rodado.
Salió el Conde con tanta bizarría,
que duplicaba el rosiclér del dia,
siendo de plumas gualdas
verde origen un broche de esmeraldas,
tan brillante y lucido,
de dorados esmaltes guarnecido,
que si el Sol verde fuera,
todo el vulgo creyera,
que el Sol de las esferas verdadero
se le habia puesto al Conde en el som-
y lo pensó el cavallo, (brero,
pues sin poder parallo,
corría tan ligero, que á sus galas
las plumas del penacho daban alas,
y bolando fogoso,
parece que decia á los del coso:
mirad que yo no corro, sino buelo
por bolver á llevar el Sol al Cielo.
Era este un alazán fuerte, y lozano,
y al hollar torneando cada mano,
con cándidos reflejos,
las herraduras parecian espejos,
en que el bruto bufando,
el copete, la crin se iba mirando.
Llegó á un Toro, y con gala denodada
le dió el Conde tan grande cuchillada,
que el cuello le cortó, y de sangre llena,
cayó la muda testa en el arena,
y con mortal porfia,
como quando dió el golpe le embestía,
le hirió con tan súbita presteza,
que le acometió el Toro sin cabeza.
Despues gozó Lisardo
aplausos de valiente, y de gallardo,
y en un blanco Andalúz, á quien hería,
que un pedazo de nieve parecía,
dando á entender por señas,
que encendiendo centellas en las pe-
al ir velóz corriendo (ñas,
por la cola se le iban derritiendo
de su nieve las pellas,
con el fuego y calor de las centellas.
Llegó á buscar á un Toro, que en la
tan sañ do amenaza, (plaza
que parece que ciego
escupe espuma, sangre, humo y fuego,
y con ansias fatales,
de la testa esgrimiendo los puñales
con ansiosa querella,
aqui embiste, alli brama, alli atropella,
y con vivo desvelo,
la arena escarva, y la tira al Cielo,
sino es que con las manos en tal guerra,
para sembrar su sangre ara la tierra,
ó como mata tanto su desvelo,
para enterrar los muertos caba el suelo.
Llega Lisardo, aguardale animoso,
y en la crespa cervíz con alborozo,
fué llave su rejón, que abrió la puerta,
y la sangre salió viendola abierta:
tronchó el hasta, y galán, en diestro
el resto q̃ quedó arrojó al Cielo; (buelo,
en cuya esfera ser incendio pudo,
que se encendió, no dudo,
para que el vulgo viera
baxar carbón lo que subió madera:
Mas siento afuera ruído.

Dentro. Dexadla, descomedido.

Mengo. Aunque no quiera entraré.

Salen Mengo, y Margarita con un canasto de flores.

Carl. Qué es esto?

Meng. Una Guarda fue,
que soberbio, y engreído,
moviendo bulla y ruído,
estorvaba su locura
la entrada á esta hermosura.

Marg. Y es barbaro tal rigor,
pues es la Iglesia mejor,
y nos dexa entrar el Cura.
Principe, á verte he venido
en nombre de aquella Aldéa,
que es tu Patria, y te desea:
estas flores he traído,
perdona si yerro ha sido.

Feder.

Feder. El Dueño de mis amores
veo. *Carl.* Tus bellos favores
merecen mejor esfera;
pero quien es Primavera,
qué puede dar sino flores?
Feder. Primo, esta Aldéana adoro
desde que ví su valor,
sirviendo estoy al amor
de aljava con flechas de oro.
Carl. Merecelo su decoro.
Marg No quereis flores?
Carl. Pues no?
Feder. Lo verde mi amor tomó,
porque mi esperanza acuerde.
Carl. Si vos elegís lo verde,
lo azul elegiré yo.
Feder Lo verde ofrece consuelo,
y es mas perfecto color.
Carl. Antes lo azul es mejor,
pues con él se adorna el Cielo;
y esa es libréa del suelo,
que se desluce, y marchita.
Feder. Su ofensa no se permita,
que este toldo guarnecido
la vista azul lo ha fingido.
Carl. Pues juzguelo Margarita.
Marg Que trocárais las colores
quisiera, porque en rigor
le está al Principe mejor
lo verde, que azules flores
son libréas, superiores,
que el Cielo y la tierra encierra.
Quien lo azul elige, yerra,
que lo verde es mas amable,
que al fin el Cielo es mudable,
y siempre es firme la tierra.
Carl. Qué ingenio tan sazonado!
Feder. Qué despejo tan lucido!
Carl. De zelos estoy perdido. *ap.*
Feder. Loco estoy de enamorado. *ap.*
Carlos, pues me he declárado,
pintala mi amor constante,
mi osadía no te espante,
y disculpa el ser grosero,
pues siempre alcanza el tercero
lo que no puede el amante.
Carl. Darte gusto solicito:
oye, Aldeana hermosa.
Feder. Esta paloma amorosa
á su discrecion remito.
Carl. Un fuego, un bolcán imito:
Qué necios los zelos son,
pues con falsa aprehension
estorva su sentimiento
la luz al entendimiento,
y al discurso la razon!
Margarita, de tí ausente,
en triste, y penosa calma,
estuvo á peligro el alma
de otro mayor accidente.
No has visto al Sol esplendente,
quando al brillar su fulgor
en la esfera superior,
una nube mas vecina,
sirviendole de cortina,
encubre su resplandor?
Pues así esta ausencia ahora
fue nube de tu hermosura,
quedando sin ella obscura
el alma, que en mí te adora.
Tú eres mi vida, señora,
y ausente es fuerza decir,
que vivir sin ti, es morir;
tu ausencia fue mi homicida,
porque quien está sin vida,
cómo es posible vivir?
Feder. El vér á Mengo me admira.
Meng. Federico, con enojos,
no aparta de mí los ojos,
y no sé por qué me mira.
Fed. Que este á dos hombres retira
siendo un rustico Pastor!
qué osadía! qué valor!
Meng. De vér su atencion me espanto:
por qué me mirará tanto?
Feder. No ví mas valiente ardor.
Marg Tan poco, Carlos, te debo,
que tienes zelos de mí?
Carl. Desde que á mi primo oí,
fuego en sus palabras bebo.
Marg. No adviertes como me atrevo
á verte en trage Aldeano?
Hablan aparte, Federico y Mengo.
Feder. Que tú fuiste, es caso llano,
valiente en esta ocasion,
Meng Pues tiene comparacion

este acero, y esta mano?
Marg. Darás muerte á mis desvelos.
Carl. Digo, que obediente estoy,
y que empeño mi palabra
de no pedirte zelos.
Marg. Yo
puedo, Carlos, ofenderte?
qué mal conoces mi amor!
Carl. Puesto que muy divertidos,
Margarita están los dos,
dame un abrazo.
Marg. No, Càrlos.
Carl. Por qué lo escusas?
Marg. Por no
ensuciar con mi sayal
tu brocado.
Carl. Qué dolor!
acaba, dame los brazos,
no me atormentes, por Dios.
Marg. Mira que nos vén.
Carl. No importa.
Marg. Me has de pedir zelos?
Carl. No. *Abrazanse.*
Feder. Que al fin eres tan valiente?
Men. No hay otro hombre como yo.
Fed. Y que es tan cierto, que anoche
solo acometiste á dos?
Meng. Si señor, y á ser doscientos,
tuviera el mismo valor;
mas huyeron los borrachos,
que á no huir de la ocasion,
almondonguillas hiciera
de sus nalgas, vive Dios.
Fed. Y conociste quienes eran?
Meng. No señor, mas juzgo yo,
que serían dos figuras.
Carl. Una mano.
Marg. Tuyas son. *Dale la mano.*
Carl. De manos á boca gozo,
Margarita, tu favor;
pero cuyo es este anillo?
Ha traidora! vive Dios:
no estoy en mí; quitaréte
la vida: sin alma estoy.
Marg. Qué tienes? de qué te turbas?
Carl. Quién este anillo te dió?
Marg. Ya rompes el juramento?
ya me pides zelos?
Carl. No,
que no son zelos los mios,
agravios, ingrata son:
dime, quién te dió este anillo?
Marg. Tú mismo, mis ojos.
Carl. Yo?
Mar. Sí, pues yo fui anoche, Carlos,
quien con aliento y valor,
opuesta á los dos traidores,
malogré su pretension.
Carl. Qué dices?
Marg. Lo que te digo,
pues en trage de varon
vine á verte de la Aldéa.
Carl. O gran milagro de amor!
Salen el Rey, el Conde y Albano.
Rey. Notable engaño!
Conde. Aqui está.
Feder. Bien mi industria se logró ap.
Alba. Vuestra Alteza me perdone
mi engaño.
Rey. Carlos?
Carl. Señor?
Rey. Ya no sois Principe, Carlos,
sobrino de Albano sois.
Albano. A semejante cautela
dió motivo mi ambicion,
pues por ver reynar mi sangre,
Principe á Carlos llamó;
Margarita es verdadera
Princesa en Nápoles oy,
de mi señora la Reyna
en esa Aldéa nació:
perdonad, señor, mi yerro.
Rey. Pues me confiesas tu error,
el descubrir la cautela
te solicita el perdon.
Albano. Margarita es esta.
Rey. Hija,
dame los brazos.
Marg. Señor,
tanta dicha? qué mudanza!
Rey. Princesa os llamarán oy:
decid, viva Margarita
la Princesa.
Todos. Viva.
Rey. Y vos,
Carlos, no os vais á la Aldéa.

que

que os estimo mucho yo. *Vase.*
Marg. Los ojos hablan á Carlos,
que lenguas del alma son. *Vase.*
Feder. Carlos, fortuna es mudable,
no tengo la culpa yo. *Vase.*
Conde. Carlos, la mudanza siento:
qué remedio? guardeos Dios. *Vase.*
Albano. Carlos, bolved á la Aldéa;
villano sois, no señor. *Vase.*
Porc. Carlos, aunque sois villano,
no niego que os tengo amor. *Vase.*
Meng. Muy frios hemos quedado:
Señor Principe, ha señor?
para tan poquito tiempo
no fuera Principe yo.
Huela usted aquesas flores:
pareces Corregidor,
que acabando sus tres años,
sin oficio se quedó.
Risa me dá de mirarme:
qué cargado que estoy yo
de memoriales! pareces
(oyeme atento, por Dios)
á un San Blas, que está en Gandúl,
que haviendo una fiesta, ú dos,
lo mudan en otros Santos,
con galas, y ostentacion,
ya es San Pedro, ya es San Pablo,
ya es San Cosme, ó San Simon,
ya es San Alberto; y pasando
de la fiesta la ocasion,
lo desnuda el Sacristan,
ponele Mitra, y Bordón,
y se buelve á ser San Blás;
asi eres tú, vive Dios:
eres San Blás en la Aldéa,
é hiciste aqui al Señor
San Alberto, ó San Joseph,
pues tienes las flores oy;
mas ya se pasó la fiesta,
y nos bolvemos los dos,
tú á ser San Blás como de antes,
y yo buelvo á ser Pastor. *Vase.*
Carl. Apenas, Cielos, apenas
puedo articular la voz,
luchando con tantas ansias,
que afligen el corazon.
Qué de linages de ahogos
ha fomentado el dolor!
Para atormentar el alma,
qué de congojas buscó!
Baxél combatido rompo
con el discurso velóz,
el pielago de mis males,
y el golfo de mi pasion.
El Rey á voces confiesa,
que yo su hijo no soy;
Porcia me llamó villano,
y dexa lo que fingió;
Margarita calla, y goza
de su fortuna el favor:
Federico se despide
de la amistad de los dos;
el Conde me niega el rostro,
doblando mi turbacion;
Albano dice, que olvide
lo que mi dicha gozó;
y que hasta Mengo me pierde
el respeto, y el temor.
Pero qué mucho, si es hombre
el Rey? Porcia conoció
mi baxeza, y su altivéz;
la Princesa aqui miró
sus aumentos; Federico
desigualdad en los dos;
el Conde vió mi mudanza,
y Albano mi turbacion;
que me dexen, que me olviden
con desprecio, y disfavor,
siendo propio de los hombres,
que la ingratitud formó,
desamparar al vencido,
y aplaudir al vencedor!
Entre pesares y enojos
(ay de mi!) que del temor
(valgame Dios!) teme el alma
(no puedo hablar de dolor!)
ni busca remedios ella,
ni alivios admito yo.
No siento, ilustre Princesa,
dexar la Corona, no,
porque si la gozas tú,
no la dexa mi valor.
Solo siento (ay de mí triste!)
vér, que las mudanzas son
tan vecinas de la ausencia,

que olvidos ocasionó,
quando la dicha que gozas,
me dió aquel fingido error.
Tú Margarita, tú propia
digiste con turbacion,
alteradas las palabras,
desalentado el valor,
qué sin ausencia hay olvido,
sin olvido ausencia no.
No te dexé de adorar;
mas te quise vive Dios,
siendo villana en la Aldéa,
y yo en la Corte Señor:
que la voluntad perfecta
en la fortuna ostentó
los quilates de su fé,
las prendas de su valor.
Quieran los Cielos (pues ya
lo que dexas de ser soy)
que no me olvides Princesa,
pues Principe te amé yo.
Quisiera con mis suspiros
doblar el viento velóz,
dar lágrimas á las peñas,
á las aves suspension,
entrar á Palacio á verte,
ponderarte mi dolor,
y examinar tu firmeza,
y dar la muerte al traidor
Federico, que con zelos
dobla mi fiero rigor;
pero mejor es morir,
perder la vida es mejor,
que hablar al Rey es locura,
quedarme en la Corte error,
que no ha de verme vasallo
el que ayer su Rey me vió.
Matar á tu primo es culpa;
irme á la Aldéa, dolor;
sufrir mi mal imposible;
morir, desesperacion;
quexarme medio sin fruto;
suspirar, poco valor;
hablarte mucha osadía;
ausentarme, indiscrecion;
dar voces, atrevimiento;
vileza, pedir favor;
y verte en agenos brazos
el que en los suyos te vió,
es una ansia, angustia y pena,
digalo quien tiene amor.
Y asi entre tantas desdichas
pretendo ausentarme oy:
quizá de lastima huirá
la muerte, si me escuchó;
estorvaré mi martirio
matandome de dolor,
que es su guadaña escusada
donde hay zelos, y aficion.
Pero si sorda á mi llanto,
si endurecida á mi voz
me negâre este consuelo
y me diere esta pasion,
entónces en estos montes
pediré al Cielo favor.
A Dios, bella Margarita,
á Dios, mi Princesa, á Dios;
todo lo truecan los tiempos,
todo el Cielo lo mudó,
solo no se mudará
mi constancia, y mi aficion,
pues á pesar de desdichas,
tuyo he sido, y tuyo soy.
Y verá en mí el orbe todo,
entre disgusto, y rigor,
ansias, zelos, pena, susto,
mal, tormento y compasion,
Mudanzas de la fortuna,
y Firmezas del Amor.

JORNADA TERCERA.

Salen Carlos, y Mengo.

Meng Dexa, señor, de llorar
con lastimosa porfia,
solicita la alegria,
y disimula el pesar.
Carl Olvidar para vivir,
Mengo, mi remedio fuera,
como yo olvidar pudiera
á quien me obliga á morir;
mas es fuerza padecer
las penas que el alma siente,
que está Margarita ausente,
y es Margarita muger.

Con

Con su primo, á su pesar,
intentará el Rey casarla:
qué he de hacer?
Meng. Olvidarla.
Carl. Ya la procuro olvidar;
pero á Margarita bella,
cómo olvidarla podré?
á Margarita adoré,
que es Margarita una estrella;
mas ya Margarita ingrata,
aunque al olvido la ofrezco;
por Margarita padezco,
y Margarita me mata.
Margarita me limíta
la vida con locos zelos:
ay Margarita! los Cielos
me libren de Margarita.
Meng. Andallo, pabas: hay mas
Margaritas que nombrar?
eso es quererla olvidar?
Carl. Ay, Mengo, que necio estás!
Un enfermo en su querella,
que es su pecho ardiente fragua,
ya que no goza del agua,
se enjuaga al menos con ella:
y pues ausente provoca
Margarita aquesta calma,
ya que no la goce el alma,
gocela al menos la boca.
Meng No hay quien á olvidar te ayude
ese mal, que el alma pasa?
Carl. Qué haré, si mi bien se casa!
Meng. Aguardar á que se enviude.
Carl. Acabame esta pasion:
ya de morir no me escuso,
ya mi bello sol se puso.
Meng. Pues toquen á la Oracion:
digo, que es notable ardor
el que tu mal solicíta;
aquel geme de carita
tanto te cuesta?
Carl. Mi amor
no se puede comprehender,
y en aquesto lo verás,
que quise quererla mas,
y no la pude querer.
Siempre mi amor la desea:
con qué regocijo (ay Dios!)
estuvieramos los dos
casados en el Aldéa!
Meng. Para qué quieres casarte?
porque segun advertí,
ha de ser lo mismo en tí
el casarte, que cansarte:
si ella, por darte pesar,
se casa en esta mudanza
puedes tener mas venganza,
que verla, señor, casar?
Toma de mí esta leccion,
no te cases, pues verás,
que no he tratado jamás
de casarme: es la razon,
porque qualquiera muger
si es limpia, me ha de cansar;
si es sucia me ha de enfadar;
si habla me ha de moler;
si es niña me ha de pedir,
que la arrulle con desdén;
y si es vieja, llevo á quien
ayudar á bien morir.
Si es necia, ha de atormentarme;
si es discreta, ha de aburrirme;
si es honrrada ha de pedirme;
si es mala ha de desonrrarme.
Noble, llevo á quien servirla;
villana á quien tolerarla;
si pobre á quien sustentarla;
y si rica, á quien sufrirla.
Si es fea, he de aborrecerla;
si es moza, la he de guardar;
si es gorda, me ha de matar
tan solamente con verla;
porque qualquier gorda es
en prolongados confines,
una cuba con chapines,
y una tarasca con pies.
Y quando buena la hal'ára
(si hay alguna que sea buena)
verla poner dizra pena
en manos, cabello, y cara,
solimán, saliva, afeite,
alcanfor, habas, legía,
alumbre, tarangotía,
pasas, almendras, y aceyte,
agua de estanco, unto, miera,
orozuz, jonjolí, vino,
al-

alheña, unguento cetino,
almarciga, y dormidera.
Son altivas, y variables,
pues con intentos villanos
ponen mudas en las manos,
en fe de que son mudables;
y asi, dexa de pensar
en casarte, buelve en tí,
y aprende, señor, de mí,
rebentar, y no casar.

Carl. Dexa, loco, necedades,
vete.

Meng En la tecla que toco,
por lo que tengo de loco,
he dicho aquestas verdades. *Vase.*

Carl. Un baxél, que se dilata
por el mar á quien se atreve,
divide estorvos de nieve,
sulca páramos de plata,
de tocar el puerto trata;
mas la vana pompa abate,
pues el mar que le combate,
dá, porque no se aventure,
no puerto, que le asegure,
sí escollo, que le maltrate.
Canta un pajarillo amante
de un olmo en la verde falda,
sobre ramas de esmeralda,
con su pico de diamante;
mas una flecha bolante
su fatal tragedia ordena,
hallando, al teñir la arena,
con sucesivo coral,
donde con bien, el mal,
donde el festejo, la pena.
Un corzo, que veloz buela,
parece un ligero aliento,
que le da plumas el viento,
ó que le da el viento espuela;
mas alevosa cautela
su curso estorva de suerte,
que por un venablo fuerte
pierde en la sangrienta empresa
la vida en la ligereza,
la ligereza en la muerte.
Sonóro arroyo camina
besando en la selva hermosa,
si los labios á una rosa,
los pies á una clavellina:
mas que una roca termina
su precipitada suma;
y porque mas no presuma,
sin permitirle cogerlas,
si empezó en copas de perlas,
acabó en copos de espuma.
Navegué el mar, canté ausente,
corrí velóz, subí igual,
siendo estampas de mi mal
baxél, ave, corzo, y fuente;
pero halla tan tristemente
la esperanza que me apoca,
escollo en pena no poca,
flecha en desprecio del bien,
venablo en fuerte desdén,
y en ausencia opuesta roca.

Sale Leonido.

Leon Carlos, sabeis como el Rey
ha salido al monte á caza
con Federico y el Conde,
y la Princesa y la Infanta?
Esta noche en nuestra Aldéa
recoger la gente manda,
y es forzoso prevenir
con ostentacion bizarra,
recibimiento debido
á su Magestad Cesarea.

Carl. Leonido, no ignora el Rey,
quando sale á estas montañas,
la incomodidad que en ellas
le sobra; y pues sale á caza,
la voluntad de la Aldéa
suplirá las demas faltas:
de suerte, que Margarita
viene?

Leon. Sí, y tan bella Dama,
que puede dar hermosura
á los alvores del Alva:
dicen, que con Federico
el Rey su padre la casa:
teneis zelos?

Carl. Sí, Leonido,
siempre los tiene quien ama.

Leon. Luego amais á la Princesa?

Carl. Es dueño de toda el alma.

Leon Y qué sacais de ese amor?

Carl. Solo quererla y amarla

Leon Un villano á una Princesa ?
Carl. Mentís, que es tan noble, y alta
la sangre, que hay en mis venas,
que es imposible humillarla.
Principe soy, vive Dios;
quien no lo piensa me agravia,
porque de mis pensamientos
la gloria no imaginada,
se remonta á las Estrellas,
y aun alli no está muy alta.
Sale Federico.
Feder. Qué es esto?
Leon Carlos, que dice
que es el Principe, y me agravia
con palabras injuriosas,
mas yo tomaré venganza.
Feder. Villano, traidor, cobarde,
viviendo yo, con qué causa
decis, que Principe sois?
esta ofensa declarada
no ha de quedar sin castigo,
porque perdais la esperanz ;
y aunque es menosprecio mio
reñir con person baxa,
y ensangrentar este acero
en vuestra sangre villana,
sacad la espada, y ahora
vuestra opinion obstinada
se defienda de mis brios
con obras, no con palabras.
Carl. Reportese vuestra Alteza,
que humilde á sus Reales plantas
confiéso, que no ofendí
su Magestad soberana.
Feder Defiendete, ó vive Dios,
que he de matarte.
Carl. Hay tal ansia? *ap.*
que por ser yo su vasallo,
no ha de matarle mi espada!
Feder. Para asegurar el Reyno *ap.*
es la ocasion extremada,
que es fuerza matando á Carlos,
el reynar yo con la Infanta.
Vive Dios, que he de matarte
si no te defiendes, saca
el vil acero. *Carl.* Señor,
será traicion declarada,
y ofender a mi lealtad.
Feder. Pues daréte de estocadas.
Saca Carl la espada, y sale Meng.
Carl. Pues vive Dios; y esta Cruz,
en quien mis labios se estampan,
que para sola esta accion
ha salido de la bayna,
que si vuestra Alteza apura
mi sufrimiento::-
Mengo Ay, que matan
á Carlos! favor. *Feder.* H. Mengo,
no alborotes al Rey, calla.
Carl. Voyme que no he de poder
sufrirme á mí en tales ansias. *Vase.*
Vuelve la cara Fed r. y no le halla.
Feder. Agradeced que ha venido::-
Men Yo me escurro á esotra sala.
Fede Fuese; y tú, Mengo, tambien
vete. *Sale el Conde.*
Conde Qué enojo te agravia,
obligandote á sacar
el acero de la bayna ?
Feder Conde, he querido matar
á Carlos. *Conde.* Es temeraria
resolucion. *Feder* Calla, Conde,
calla, no me digas nada,
que oy he de matar al Rey,
y á Carlos, para que salgan,
lograndose mis intentos,
de temor mis esperanzas. *Vanse.*
Salen Porcia y Carlos.
Porc El ausente dueño mio,
gloria de mis pensamientos,
por quien me sobra el cuidado,
por quien me falta el sosiego,
he visto: Carlos? *Car.* Señora?
rabiando estoy. *ap.*
Porc Qué hay de nuebo?
cómo te va en la Aldéa?
Carl. Penóso vivo, y contento.
Porc. No implíca contradiccion
gusto, y pena?
Carl. Si en mí veo
pena de vivir ausente
de lo que gocé algun tiempo,
y gusto de habitar solo
la soledad de estos yermos,
donde ni viven lisonjas;
ni mueren conocimientos:
quién

quién duda, que gusto y pena
tendré, pues que estoy, confieso,
por una parte penoso,
por otra parte contento?
Sale Margarita al paño.
Marg. Carlos, y Porcia hablando
á solas? qué es lo que veo!
Carl. Agradecido os escucho,
señora. *Porc.* En el alma siento
vuestra mudanza, y mi pena:
sabed, que os estimo, y quiero.
Marg. Esto vá perdido: muerta *Sale.*
estoy! *Carl* Ya á mi dueño veo: *ap.*
las acciones, y los ojos
manifiestan mi contento:
ay Margarita divina!
quién pudiera hablarla, Cielos!
si esta Porcia se ausentára.
Marg. Entre aquellos verdes fresnos
yace una hermosa alcatifa
de flores, búcaros bellos,
donde arroja el Alva aljofar,
aromatizando el viento;
la frescura de un arroyo
argenta el hermoso suelo,
respiracion de una roca,
vanda de vidrio del yermo,
Ruiseñor dulce sin alma,
marfil vivo sin aliento,
no quiero sin ti gozarle:
vamos. *Porc.* Gustosa obedezco.
Sale Mengo. Escapóme lindamente
del Infante *Carl.* Llegar quiero:
señora? *Marg.* Aparta, villano:
un etna tengo en el pecho, *ap.*
que el verle hablar con mi prima
me tiene muerta de zelos. *Vase.*
Porc. En Carlos me dexo el alma. *Vase.*
Carl. Absorto quedo, y suspenso:
Margarita estos desdenes!
Margarita estos desprecios!
Aparta, villano, á mí?
Esto escucho, y no estoy muerto!
No bastan de Federico
los agravios que padezco?
Cielos, Celos donde estoy?
Mengo. Señor, en el Cementerio
de Santiago. *Carl.* Daré voces?
Meng. No, que con eso, y sin eso
te tienen todos por loco,
y es escusado remedio.
Carl. El mar alborotaré.
Meng. Qué dexas que hacer al viento?
Carl. Lastimaré aquesos riscos.
Meng. Mas te lastimarán ellos
si te arrojan una piedra,
que te dé de medio á medio.
Carl. Ha mudable! tus finezas
has olvidado tan presto?
Mira aquel risco lloroso,
duro del monte repecho,
que promontorio de guijas,
y de peñas Polifemo,
cristalinas perlas llora,
y respondiendo á los ecos,
acusa tu ingratitud,
las peñas te dán exemplo.
Margarita, asi me olvidas?
duelanse de mi los Cielos.
Mengo. Ella es una gran bellaca.
Carl. Aun á quexarme no acierto:
eres, al fin, muger, que borran pres[...]
siglos de amor con barbaros despreci[...]
Vase Carlos.
Men. Son mugeres, y tiené guardainfante[...]
y asi, de que te olviden no te espante[...]
que estos guarda infantes los han hech[...]
solo porq̃ les venga el mund estrech[...]
Vase, y salen el Rey, Albano y el Cond[...]
Rey. Penosas melancolías
de la Princesa pudiéron
obligarme á vér la Aldéa.
Albano. Contenta vive de veros.
Rey. No se halla Margarita
en la Corte, estos desiertos
la deben afecto.
Conde. Es fuerza,
que al fin se ha criado en ellos.
Rey. No hay musica que la alegre,
ni que la divierta, y pienso,
que la musica á los tristes
duplica los sentimientos:
dónde esta Carlos?
Albano Cazando.
Rey. Mucho el hablarle deseo,
que le he cobrado amistad,

y me pesa se haya buelto
á la Aldéa; mas no pude
detenerle con mis ruegos:
el mozo es cuerdo, y prudente
no estraño su sentimiento.
Conde. Ausentóle el pundonor,
si no la afrenta.
Rey. Los Cielos *ap.*
son testigos, que quisiera
fuese Carlos mi eredero.
Persuadirme no he podido
á qúe dexe de ser cierto,
que és mi hijo, pues la sangre
en amorosos afectos
me descubre, y me revela
dudosos conocimientos.
Sale Marg. triste, Porcia y Federico.
Porc. Señor? *Rey.* Porcia? Margarita?
Ya estàs, Princesa, en tu centro:
el rostro inclinas penoso?
los ojos baxas al suelo?
Qando yo á tu corta Patria
alegre, y contento vengo,
por el qne en tí solicito,
estás mas triste? qué es esto?
Marg. Los zelos me tienen muerta. *ap.*
Rey. Ya del Filosofo veo
la opinion acreditada,
pues dice, que en los iugenios
sabios, la melancolía
adquiere mayor imperio.
Marg. No está en mi mano alegrarme.
Feder No tiene, señor, sosiego.
Rey. Ven á descansar, Princesa.
Marg. Señor, quedar sola quiero.
Porc. Del achaque, que la aflige,
el llanto es mejor remedio.
Rey. Descansa, hasta que el sol
se despeñe al mar soberbio,
tornasolando las nubes
pardos borrones del Cielo.
Vanse ahora todos, y queda sola Mar.
Mar. Qué infierno de amor ay Cielos!
atormenta mi prudencia?
terrible mal es la ausencia,
pero mayor son los zelos.
Quando procuran desvelos
alimentar con favor
esperanzas de mi amor,
doblar mi duelo pretendo,
pues de Caribdis huyendo,
doy en Scila, que es peor.
Salid, lagrímas impias;
mas si son tan diferentes,
las del disgusto calientes,
y las del contento frias,
fuego aumentarán las mias;
y quando no, en sus despojos,
si contra zelos, y enojos
es amor ardiente fragua,
qué importa qué arrojen agua
á la lumbre de los ojos?
Sale Mengo.
Meng. Si te mueve la piedad,
Carlos, ilustre señora,
con tristes voces ahora
en aquesta soledad,
entre penas, desconsuelos,
lagrimas, ansia y dolor,
publica su firme amor,
divulga sus tristes zelos.
Marg. Mejor dixeras los mios.
Meng. A quien tanto te ha querido
correspondes con olvido?
Marg. No digas mas desvaríos,
Mengo, dexame, por Dios:
Carlos es un alevoso,
y ese engaño cauteloso
es concierto de los dos.
Meng. Dos mil demonios te lleven,
si no te adora, y estima.
Marg. Si yo le ví con mi prima::-
Meng. Sus lagrimas no te mueven?
Si mal no me acuerdo yo,
algun dia le querias,
y en su ausencia no vivias.
Marg. Ya ese tiempo se pasó:
si el me da zelos tirano,
tengole yo de querer,
siempre expuesta á padecer
los rigores de su mano?
Meng. Eso es quexarte de vicio,
pues tanto tu ausencia siente,
que desde que vive ausente,
tiene perdido el juicio:
su triste melancolía

el ultimo extremo toca,
no se le cae de la boca
Margarita en todo el dia.
Si tu voluntad repite
tierno, amoroso, y cortés,
lo dice tan dulce, que es
cada palabra un confite.
Con tu nombre se almivára,
se aloja, se encanelona,
se conserva, se enturrona,
se prestiña, y se azucára.
Verle hablar solo espanta,
él se dá á sí la respuesta,
con Margarita se acuesta,
y con ella se levanta.
Su congoja no limíta:
el otro dia severo,
por decir dame el sombrero,
dixo, damé á Margarita:
quieres que le llame? *Marg.* Si.
Meng. Vivas mil años, señora,
con quien amante te adora:
yo voy.
Marg. Mengo, buelve aqui.
Meng. No me embias á llamar
á Carlos? *Marg.* A Carlos yo?
Meng. Pues no he de llamarle?
Marg. No.
Meng. Hay semejante pesar!
Marg Corre, y llamale.
Meng. Si haré.
Marg. Ven acá, no vayas, tente.
Meng. Mudanza mas de repente,
ni la he visto, ni veré.
Marg. Mengo, no vas á llamarle?
Meng. Si.
Marg. Pues quién te manda ir?
Meng. Vive Dios, que ha de venir,
aunque no quieras hablarle. *Vase.*
Marg. Ay Carlos del alma mia!
estos zelos que me das,
engendran afectos mas
en mi amorosa porfia.

Sale Carlos.

Carl. Qué me manda vuestra Alteza?
Marg. Yo? quién sois, ó que quereis?
C. Qué escucho, Cielos, q̃ escucho! *ap.*
Muerte, á quando aguardas? vén.
Princesa, dueño, señora,
ya es imposible querer
disimular la congoja,
que me sirve de cordél
al cuello, á la voz de estorvo,
de nudo á la lengua, á quien
no traslada el sentimiento
los afectos de su fé,
porque al miraros ingrata,
me elevais y suspendeis.
Quántas veces esta fuente,
margenada de clavél,
fue cristalino testigo
de nuestro amor, y por ver
las reciprocas ternezas,
que mas piadoso escuché,
el curso cejó al alfojar,
doblando al blanco papel
las blancas hojas, á donde
dibujó embidia tal vez
el Ruiseñor amoroso,
siendo su pico pincél?
Quántas veces::-
Marg. Basta, Carlos;
confieso que os quise bien,
que negar yo recatada
lo mismo que sabeis, es
poner el credito en duda,
ó preciarse de cruel;
pero pues discreto sois::-
mas antes quiero saber,
qué hablabais con mi prima
quando con ella os hallé?
Carl. ponderóme su fineza,
y yo necio, y descortés,
siendo mi disculpa vos,
aun no supe agradecer
los favores que me hizo,
y respondí con desdén.
Marg. La verdad, no mintais, Carlos.
Car. Lo cierto digo. *Mar.* Está bien:
Digo pues, Carlos, que ha dado
nuestra fortuna un baiben,
á mí al trono me subió,
y á vos os derribó de él.
Premiar vuestro amor quisiera,
mas imposible ha de ser;
vos sois villano, yo Reyna:
qué

qué dirá el mundo si ve,
que estimo, siendo Princesa,
lo que villana adoré?
Abatirme es imposible,
porque me pongo á perder
vida, Corona, y honor;
intentar haceros Rey,
es temeridad: mi Reyno
cómo os ha de obedecer?
Pues amar para dexaros,
ser firme para no ver,
esperar sin esperanza,
es una locura, es
un despeño, una idéa;
y en conclusion, es querer
arrojarse á los peligros,
no sujetarse á la ley,
vivir condenado en vida,
y martir una muger:
Luego si bien lo mirais,
luego si lo pensais bien,
olvidaros no es delito,
dexaros, yerro no es.
Carlos, yo voy á casarme
con mi primo, que es mi bien,
que el amor que os he tenido,
le troqué, Carlos, en él;
á Dios: no me dices nada?
Carlos no me respondeis?

Car. Pues un muerto, qué ha de hablar?

Marg. Luego dais á mi desdén
credito? esposo, señor,
volved, mis ojos, volved,
que gusta de dar picones
amor, como niño es:
cómo puedo yo olvidaros,
si toda el alma teneis?
dame los brazos. *Carl.* En ellos
cobro, Margarita, el sér:
que asi gustas de engañarme!

Marg. Esto es jugar.

Carl. Es querer
poner á riesgo mi vida.

Marg. Grande la disculpa es.

Carl. Disculpa en burlas, señora?
las burlas matan tal vez;
y mudanzas, aun de burlas,
jamás pareciéron bien.

Marg. Te has acordado de mi?

Carl. Sola una vez me acordé,
porque nunca me he olvidado;
pero dime, has de querer
á un villano, siendo tú
Princesa?

Marg. Calla, no ves
con esas dudas cobardes,
que desdoras mi placer?
mal mi voluntad conoces;
por ti dexára de ser
Reyna de quanto ilumina
el Delfico Rosiclér
en carrozas de diamante,
y en circulos de clavél.

Carl. Rumor en aquesta puerta,
si no me engaño, escuché.

Marg. Escondete en este lado:
pesaráme si te ven.

Escondense, y sale Fe. con la daga desnuda, y descubrese el Rey durmiendo.

Feder. Llena el alma de cuidado,
y el corazon de recelo,
todo entregado al desvelo:
todo á la razon negado,
penoso atemorizado
vengo á matar á mi tio;
conozco que es desvarío,
siendo mi sangre y mi Rey;
mas el yugo de la ley
no se rinde al alvedrío.
Ingrato en mirarle soy,
yo me confieso cruel;
mas soy Rey, muriendo él;
y si vive, nada soy.
Confuso y dudoso estoy,
la razon tengo perdida,
la ocasion es atrevida,
y la pretension advierte,
que está mi vida en su muerte,
y está mi muerte en su vida.

Quando le va á dar, habla el Rey entre sueños.

Rey. Federico, Federico,
sobrino, por qué me matas?
tus crueldades son ingratas
contra el amor que publico.

Feder. Mis designios multiplico,

pues

pues da voces su pasion
en dormida elevacion:
ea, viva mi osadía,
pues lo supo en profecía,
sepalo en la execucion.

Vale á dar Federico, y salen Marg. y Carlos.

Carl. Tente, Federico. *Mar.* Muera.
Carl. Matele, muera el traidor.
Rey. Qué es lo que miro? qué es esto,
sobrino? valgame Dios!
Feder. Si un alevoso delito,
que ambicion ocasionó,
arrepentido en la culpa
puede merecer perdon,
á tus plantas reconozco
mi delito, y mi dolor;
y antes que quites la vida
al que ingrato te ofendió,
digo que Carlos es hijo
tuyo, y mi osado rigor
el engaño en su mudanza
con Albano negoció.
Vuelva el Principe á gozar
el trono, y la posesion,
que Albano, y yo le quitamos,
opuestos á su valor;
y pues los dos te ofendimos,
castiganos á los dos.
Sale Alb. Y antes sepa vuestra Alteza,
que porque le tuvo amor
á la Princesa mi hijo,
su calidad ocultó
la natural voluntad;
mas ya publica mi voz
(testigo el Divino Cielo
de la verdad que os trató)
que es Carlos Principe invicto,
y Margarita señor,
su prima, pues de tu hermano
en esta Aldéa nació.
De esto puedes en la Aldéa
hacer luego informacion,
y castiga mi delito,
pues á tus plantas estoy.
Rey. Alzad del suelo, que quiero
darle generoso oy
asunto nuevo á la fama,
concediendoos el perdon.
Federico quiso darme
muerte, como confesó,
mas ya arrepentido yace,
despues que aqui examiné
de su valor los quilates
á la luz de la razon;
y si ahora le castiga
mi justicia, y mi rigor,
será ofender un amigo
no castigar un traidor:
levanta del suelo. *Fde.* El Cielo
prospere tu succesion.
Rey. Dé Carlos á Margarita
de esposo la mano; y vos
á Porcia.
Marg. Ay Carlos! dichoso
el discurso de mi amor.
Carl. Callando explico mi dicha.
Todos. Y aquestas, Senado, son
Mudanzas de la Fortuna,
y Firmezas del Amor.

F I N.